

**Cueva de Shanidar (Mesopotamia).
Hacia el año 10.000 antes de Cristo.**

—Madre, no quiero morir.

La sacerdotisa, Madre espiritual de la tribu, acercó un cuenco de piedra a los temblorosos labios del guerrero moribundo. No se veía ninguna herida reciente sobre su piel tatuada y desnuda, aunque sí varias cicatrices, y tampoco había llegado a la vejez, cuando la Diosa llama a los humanos junto a Ella. Pero se moría.

—No te preocupes, no vas a morir —mintió la Madre—. Bebe un poco más de mi poción: así te curarás.

—Sabe amargo —el guerrero intentó rechazar el cuenco, sin conseguirlo. Sus anchas manos dudaban, demasiado débiles para obedecer a su voluntad.

—Es necesario que apures mi medicina. Así ahuyentarás al mal espíritu que ha entrado en ti —insistió la Madre, con gesto afectuoso pero firme. El hombre tragó el resto de la aromática bebida con dificultad, derramando algo por su barba negra, rizada y salvaje.

—Madre, no quiero viajar al país de las sombras sin que todos sepan lo que he descubierto.

—No te canses hablando. ¿Estás seguro de no haberle dicho nada a nadie?

—Aún no, tuve miedo de que me creyesen loco: ¡Es tan extraordinario! Sin embargo, ahora... Pero me vence el sueño, los párpados se me cierran... siento ganas de dormir...

—Duerme tranquilo pues, no temas nada —susurró la Madre con voz acariciadora, abrazándolo en un protector y tierno ademán. El hombre cerró los ojos y su respiración fue amortiguándose hasta que cesó. Mientras el aliento del moribundo aleteaba en sus últimos estertores, la Madre de la tribu se embebió en sus pensamientos. Aquel hombre había descubierto algo increíble sin darse cuenta de sus tremendas consecuencias. Porque este Secreto, si se difundía, era capaz de destruir el poder de la Diosa, sustituyéndolo por el dominio de crueles divinidades masculinas que permitirían a los varones gobernar el mundo durante generaciones incontables. Aterrada por este futuro, la Madre acercó su boca a los exánimes labios del hombre, para cerciorarse de que estaba muerto. Derramó algunas lágrimas silenciosas, suspiró y, levantándose, vertió sobre el suelo arenoso el resto del brebaje que había elaborado en el cuenco. El olor dulzón de la miel y el perfume de las plantas aromáticas se expandieron por el aire húmedo de la caverna: habían cumplido su cometido, disfrazando el regusto áspero del veneno que la Madre mezclara con ellas, para asesinar a aquel varón de nombre ya olvidado.

Enviaría aviso a las demás Madres de las tribus próximas, para reunirse y decidir cómo ocultar este descubrimiento. Sí, sólo las Madres —y quizás también las Ancianas— podrían acceder a este nuevo saber, porque si llegara a difundirse...

Miró con lástima al cadáver de quien confiara en ella. Había pagado con su vida por querer desvelar lo que estaba oculto desde el principio de los tiempos, sin entrever siquiera lejanamente lo que conllevaba su hallazgo. Ella, en cambio, tenía la certeza de que si no lograban guardar el secreto, aquella muerte sería el inicio de una larga serie.

Sin embargo, en lo más hondo, la Madre intuyó que el tiempo conspiraba contra ella y que, tarde o temprano, algún hombre volvería a descubrir el secreto de la Diosa. Entonces, se derrumbaría la base del poder femenino y los varones dominarían, tal vez hasta el final de los tiempos.

Esperaba que esto no ocurriese nunca.

Pero este primer crimen para ocultar aquel secreto sólo consiguió retrasar el futuro, no evitarlo. Aunque se intente aplazar con sangre, el futuro siempre acaba llegando.

CAPÍTULO I

Aster era una guardiana de la Diosa. Su cuerpo desnudo se recostaba contra el árbol que le proporcionaba sombra y frescor en el despuntar de aquella mañana de verano. A su alcance había dejado tres jabalinas con negras puntas de obsidiana; también cerca, en el cinturón de cuero que ceñía su talle cuando caminaba, guardaba en sus fundas un cuchillo y un hacha del mismo mineral sagrado. Alrededor de su tobillo cascabeleaba una ajorca de caracoles pulidos; el tabique de su nariz estaba atravesado por un aro de hueso, igual que los lóbulos de sus orejas; su rostro había sido decorado con algunos tatuajes oscuros para realzar sus facciones: eran pequeñas coqueterías con las que Aster pagaba tributo a su juventud. Iba vestida con las pinturas rituales que exigía el decoro, colores ocres, rojos y grises que trazaban sobre su piel intrincados dibujos geométricos.

Tendría unos diecinueve ciclos de estaciones, aunque ni ella ni nadie se molestaba en contar las estaciones una vez pasada la ceremonia de iniciación que marcaba el inicio de la vida adulta. Ya había sido madre dos veces: de una niña de siete ciclos de estaciones llamada Nohara y de un niño de tres que aún no poseía nombre; pero la maternidad y la lactancia apenas habían dejado huellas en su joven cuerpo. Y sin embargo, Aster no se consideraba bella. Aún estaba demasiado delgada, carecía de grasa que abultase su abdomen ahora liso y que diera a sus nalgas y caderas el grosor necesario para atraer a los hombres. ¡Pero era tan difícil engordar! Ni siquiera las guardianas de la Diosa podían comer las suficientes tortas de cebada y trigo. Aster se palpaba y se decía que parecía un junco, no una mujer; aunque se consolaba pensando que muy pocas alcanzaban el ideal de belleza: una femenina y exagerada obesidad concentrada en pechos, caderas y vientre.

Los ojos de Aster poseían matices verdes, tal vez recuerdo de alguna tribu de las lejanas estepas norteñas; en todo lo demás era oscura, tan morena como las otras mujeres y hombres de su pueblo, Zewi Khemi, enclavado en las colinas del norte de lo que llegaría a ser Mesopotamia. Resultaba difícil no ser quemada por el sol en un clima cálido cuando para protegerse sólo se contaba con la asfixiante ayuda del cuero y de las pieles; todos preferían ir desnudos y cubrirse con polvo, pigmentos y grasa; por eso se pintaban el cuerpo con ocre y, como adorno, trazaban sobre su piel estilizados dibujos mediante los cuales manifestaban su rango y nombre, invocaban a divinidades protectoras e incluso expresaban su estado de ánimo. Interpretar tales trazos constituía todo un arte que no se dominaba con facilidad. Aster contemplaba con mirada tranquila el apacible paisaje que se extendía ante ella. Las mujeres, agachadas y desnudas bajo sus sombreros de paja, labraban los campos con sus palos de cavar: una canción las ayudaba a llevar el ritmo de su pesada tarea. Por cómo avanzaba la línea de agricultoras a través de lo que antes eran campos baldíos, Aster notaba que reinaba la armonía; si hubiese existido la menor discordia, habría captado una sutil disonancia. Todas habían dejado a sus niñas y niños pequeños bajo un árbol, al cuidado de mujeres mayores que ya no resistían tareas agotadoras; las variadas edades de los niños le hablaban a Aster de abundancia, pues ninguna carestía había obligado a exterminar una generación. Por último, dos o tres centinelas de espesas barbas negras y tatuajes viriles proyectaban sus sombras protectoras sobre el conjunto; éstos le sugerían a Aster paz, largos ciclos de estaciones de tranquilidad sin fieras ni enemigos que atacasen a la tribu. Sus miradas, en vez de permanecer atadas al horizonte, vagaban por entre las mujeres más jóvenes y atractivas; sus venablos de sílex no estaban colocados en los propulsores, sino que eran asidos por manos indolentes; sus cuerpos varoniles se apoyaban en las azagayas, aburridos por la inactividad. Aster experimentó una perezosa punzada de deseo, que se apagó tras estremecerla.

Hombres... los cazadores habían partido antes de que se apagasen las últimas estrellas, pues las presas escaseaban y para encontrar una debían alejarse mucho. En cambio, los encargados

de las reses holgazaneaban en torno a los rediles esparcidos alrededor del poblado, mientras aguardaban a que se secase el rocío para que las ovejas pudiesen alimentarse sin hincharse y morir por la fermentación de los vegetales en sus panzas. En varios campos de las afueras de Zewi Khemi, ardían los rastrojos, vigilados de cerca por las agricultoras, y una densa humareda se elevaba hacia el cielo. Más allá, mujeres y hombres quemaban bosques; las mujeres, tras invocar a la Diosa rogándole que concediese a la tierra Su fertilidad, para sustituirlos por campos en los que cultivar cereales. Los hombres, en cambio, provocaban los incendios para desbrozar pastos con los que alimentar el ganado. Y tal vez estos pastos atrajesen a los casi extinguidos bisontes y pudiesen abandonar su aburrida existencia como pastores y volver a ser sólo lo que siempre habían sido: cazadores, hábiles y valientes cazadores.

Había tal paz, que nadie podía imaginarse que Kairoon, Bahrma y Zohar, los principales dioses masculinos, preparaban su venganza contra la Diosa que vivía en las entrañas de la tierra. Desde que alcanzaba la memoria, habían soportado el benéfico reinado de la Madre del Universo: numerosos rebaños de bisontes vivían en la llanura y el humo de los sacrificios de sus adoradores subía hacia el cielo azul en el que habitaban. Pero ahora apenas saboreaban el tuétano de algunas ovejas famélicas inmoladas para ellos casi clandestinamente. La tiranía femenina se les hizo insoportable y conspiraron para dominar el mundo: descubrirían el secreto de la Diosa y destruirían así la base de Su poder. Para eso necesitaban tres armas, dos hombres y una mujer: Koshmar el tullido, Mara la traidora y Ahkim el sanguinario; afilarían estas armas con golpes inclementes, como un cazador que talla la punta de sílex de su jabalina; y cuando los terribles choques las hubiesen convertido en mortales azagayas, entonces las apuntarían contra el corazón mismo de la Diosa.

Pero la Creadora del Universo iba a contar con una defensora de alma dulce y mano implacable. Se llamaría...

—¡Aster! ¿Qué haces ahí soñando? —Kurmil llegó de improviso, con el enojo tiñendo los tatuajes de su cara. Era irritante ver a Aster siempre abstraída, como si no existiese nada más que sus imaginaciones. Debería estar recitando los viejos cantos que condensaban la sabiduría de las Antepasadas, para ser la memoria de la tribu cuando llegase a Anciana, si es que alguna vez alcanzaba tal merecimiento (lo cual era dudoso). O practicando el uso de las armas, por si algún día fuese necesario defender a la Madre.

Aster salió de su trance sobresaltada. Encogió las piernas, avergonzada de que alguien pudiese verle las plantas de los pies, la parte más baja y sucia de su cuerpo. No recordaba nada de lo que había soñado, sólo le quedaba una sensación de sabiduría inexpresable, de unión con la Diosa y con todo lo existente. Siempre le ocurría lo mismo cuando se encontraba sola; trataba de repetir algún canto de las Antepasadas y un sonido, o una forma, o un olor, o un tacto, o incluso los mismos latidos de su corazón la trasportaban a mundos misteriosos y extraños que luego lamentaba abandonar. Contempló a Kurmil, la guardiana de la Diosa que la había despertado. Como Aster, también se hallaba desnuda, salvo por sus armas, pinturas y tatuajes; pero de ella emanaba dureza e inflexibilidad. Tal vez los bordes de sus pinturas resultasen demasiado agudos, o los colores brillaran más rojos de lo que Aster habría preferido; parecía que sus manos aferraran las jabalinas deseando emplearlas y los dedos de sus pies se doblaban sobre la tierra como si quisiera poseerla.

—La Madre te requiere. ¡Vamos, apresúrate!

Aster se colgó del hombro el cinturón con su puñal y su hacha, y tomó las tres jabalinas y el propulsor. La Madre. Una sensación oscura invadió el hígado de Aster —donde habitaba su alma— y la intranquilizó. ¿Qué podía querer de ella la Madre? Aún no había conseguido aprenderse la canción que le había mandado; no había tenido tiempo. Mentía. Habían pasado muchos soles, casi una luna entera; pero los había desperdiciado con sus ensoñaciones. Los

sonidos que yacían en aquellos ritmos antiguos y esotéricos, los misterios que se ocultaban en las palabras arcaicas y a veces ininteligibles de los versos, la transportaban contra su voluntad a otras percepciones demasiado sutiles para ser descritas. Ya se lo había intentado explicar a la Madre: no sirvo para ser una guardiana de la Diosa, nunca conseguiré aprender todas las canciones... Pero la Madre no la había escuchado. ¿Y si la degradaba hasta ser una mujer como todas, amarrada de por vida a la hoz y al palo de cavar? ¡Qué vergüenza! Se decidió a trabajar con ahínco, a ahuyentar los trances como si fuesen lobos que acosaran sus rebaños; le pediría a la Madre una oportunidad más, sólo una más.

Kurmil y Aster corrieron hacia Zewi Khemi. Cuando los centinelas las vieron, prepararon sus venablos y aguzaron sus miradas; pero no eran enemigos, sólo dos guardianas de la Diosa que obedecían una orden de la Madre. Con un suspiro de aburrimiento, los hombres volvieron a apoyar sus azagayas en el suelo. Hoy tampoco habría guerra.

Aster captó su silenciosa decepción y dio gracias a la Diosa por haberla hecho nacer mujer. Pero la Madre debería intentar algo para remediar el tedio de los varones, ahora que no había caza. Quizás si labrasen los campos... Lo auténticamente mágico era el acto de la siembra, en eso las mujeres resultaban imprescindibles, pues su magia hacía brotar las semillas; por tanto, los hombres tal vez pudiesen labrar. No, lo tomarían como un insulto y sufrirían por su incapacidad de traer suficiente carne a la tribu. ¿Cómo remediar la situación de los hombres? Kurmil, en cambio, no se dio cuenta de nada. Mientras corría, se ocupaba en recitar una canción de las Antepasadas de significado particularmente críptico. ¡Cuánto saber hacía falta acumular para llegar a ser una Anciana! O incluso... ¿por qué no? una Madre.

Atravesaron a la carrera los rediles y los almiarés; luego pasaron por las habitaciones de los varones, grandes cabañas donde dormía todo un clan; después cruzaron la zona de los graneros y de los almacenes de sílex, sal, ocre, madera, utensilios y pieles. Apeataba a cueros medio curtidos, que se secaban al sol clavados en el suelo con estacas; acostumbradas desde la niñez a este olor, ni Kurmil ni Aster fruncieron el ceño. Ahora entraban en la parte femenina de Zewi Khemi, donde las mujeres vivían junto con sus hijos en pequeñas cabañas de apenas unos pasos de ancho; muchas madres se hermanaban con su mejor amiga para así cuidar mejor a sus pequeños. Aster sintió una punzada dolorosa al recordar que ninguna había querido ser su hermana de sangre. Es que estamos corriendo muy deprisa, se dijo, y no he respirado bien. Se limpió una lágrima que trataba de traicionarla.

Ahora llegaron al centro del poblado, una pequeña plaza en torno a la estatua de la Diosa tallada en madera negra. A un lado, se levantaba la cabaña del Consejo, donde se reunían las Ancianas; al otro, la cabaña de la Madre, de la cual salía un canto fúnebre que erizó el cabello de Aster.

—La Madre se muere —le dijo Kurmil. No hacía falta esta explicación, pues Aster era capaz de distinguir una canto funerario. Los golpes de pies contra el suelo turbaban la mente y las estridentes notas de una flauta imitaban el trino del pájaro siniestro que iba a conducir al alma de la moribunda hacia el país de las sombras.

Aster y Kurmil entraron en la cabaña. Las otras guardianas de la Diosa, con sólo horribles pinturas de guerra cubriéndoles el cuerpo, trataban de asustar a los malos espíritus mediante una danza de pasos retorcidos; las Ancianas marcaban el ritmo palmeando con las manos y los pies. En el centro, respirando trabajosamente sobre un lecho de paja, yacía la Madre.

—Ven, Aster, acércate —dijo la Madre exhalando una voz trémula. Su cuerpo estaba arrugado como un fruto al sol del estío; pero se había mantenido fuerte hasta el día anterior. Las canciones y los bailes cesaron para permitir que la Madre hablase, aunque esto acelerara su muerte—. ¡Oh, no te preocupes por tus pinturas! No son las más adecuadas, pero no tiene importancia.

Con disimulo, Aster estaba intentando borrar de su cuerpo los motivos más alegres. ¿Por qué

no le había advertido Kurmil hasta el último momento? Experimentaban una mutua antipatía y sin duda la intención de Kurmil había sido dejarla en ridículo, permitiéndole vestir pinturas normales en un día luctuoso. Ante las palabras de la Madre, Aster dejó de preocuparse por su apariencia; pero se juró que Kurmil se acordaría de esta humillación.

—Aster, tú serás la siguiente Madre. Estoy llena de temor por los tiempos terribles y sangrientos que pueblan mis pesadillas; sólo tú puedes apartarlos de Zewi Khemi, a pesar de tus pocas estaciones.

—Pero, Madre, apenas consigo recitar la mitad de los cantos de las Antepasadas... —Aster se hallaba tan sorprendida como las demás guardianas de la Diosa, que, tras ella, no podían contener los murmullos—. Muchas otras, mayores que yo, son dueñas del conocimiento necesario...

—Sólo tú posees el don de la Diosa. Puedes comunicarte con Ella y sentir en tu cuerpo a Zewi Khemi, como si fuese parte de ti. Eres Madre, aunque todavía no conozcas todas las canciones; las Ancianas te las recordarán cuando lo necesites. Las canciones pueden aprenderse, pero ser Madre es un regalo de la Diosa... o una maldición.

Aster, obediente, tomó de las manos de la Madre el collar de conchas cauri que simbolizaba el poder y la riqueza de la tribu, y vistió la falda de fino cuero que la distinguiría entre las otras mujeres.

—Madre, antes de morir, háblame de tus pesadillas. A mi alrededor sólo veo paz, tanta, que incluso resulta tediosa para nuestros guerreros. ¿Cómo puedes soñar con sangre?

A un gesto de la Madre, las demás guardianas de la Diosa salieron de la cabaña. Kurmil no consiguió evitar una última mirada de rencor antes de cruzar el umbral. No era justo, ella había estudiado las canciones durante largas estaciones y ahora quedaba postergada por una jovencita que sólo sabía soñar. Pero hubo de guardar silencio. Ya llegaría el sol en que encontrase una oportunidad para la venganza.

—Aster, vas a escuchar la canción más oculta de todas, que custodiarás en tu memoria sin que tus labios se atrevan a pronunciarla. Es un canto que predice la muerte de la Diosa.

Aster dejó escapar una exclamación de horror:

—¡Es un sacrilegio! ¿Cómo alguien osa cantarla?

—Es peor que un sacrilegio. Es una verdad inexorable que pende sobre nosotras, como una nube oscura que promete la destrucción de todo lo conocido —la antigua Madre se detuvo jadeando, agotada por el esfuerzo. Una Anciana continuó a través de la penumbra de la choza. La voz le temblaba ligeramente:

—Hace muchas generaciones, cuando aún vivíamos en cuevas como los conejos o los zorros, y los hombres acababan de descubrir la magia que engaña a las ovejas para que se dejen comer por nosotros, un pastor descubrió un secreto terrible. Gracias a la Diosa, la Madre de su tribu pudo matarlo antes de que lo divulgara.

—Sólo las Ancianas y las Madres podemos conocerlo sin morir —añadió otra Anciana, con un gesto de angustia en el rostro.

—Desde entonces, muchas Madres han tenido que matar para mantenerlo oculto.

—¿Pero qué secreto es este? —Aster notaba que los temblores de sus rodillas se volvían incontrolables y tuvo que apoyarse en su venablo para mantenerse en pie.

Las Ancianas entonaron la canción, cabeceando para seguir su ritmo. Muy bajo, de forma que no se escuchase fuera de la cabaña, cantaron versos iniciados hacía muchas generaciones en la cueva de Shanidar. Cuando terminaron, una asombrada Aster se recostó contra la pared de barro, jadeando. Había empezado a ser Madre y a conocer el sufrimiento.